

Ordes nuevos, vino nuevo (3/4)

Dr. Justo L. González



Biola Hispanic Conference
La Mirada, California
30 de septiembre de 2023

Odres nuevos, vino nuevo (3 de 4)

Saludos. Gracia y paz a vosotros de Jesucristo, quien es el fiel testigo y el soberano de los reyes de la tierra. Me alegro de poder estar entre ustedes esta mañana, para compartir algunos pensamientos acerca de la vida de la iglesia en medio de la sociedad en que nos ha tocado vivir. Les agradezco su presencia. Y agradezco también la invitación de esta distinguida universidad para estar con ustedes esta mañana.

Pero al mismo tiempo que expreso mi gratitud y mi alegría por estar entre ustedes tengo también que confesar que vengo a este lugar con temor y temblor. Se me ha dado un texto bíblico como base para lo que digamos aquí. Pero la Biblia misma nos advierte que la Palabra de Dios es “más cortante que toda espada de dos filos”, y que “penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne las intenciones del corazón”.

¡Eso es cosa seria! No es cuestión de abrir la Biblia e inventar lo que vamos a decir. No es cuestión de enfrentarnos a cualquier problema o situación y enseguida, como un médico, recetar la medicina apropiada con un texto bíblico. El médico es dueño y señor de su recetario. Nosotros, si pretendemos ser médicos, tenemos que empezar por declararnos también enfermos en busca de remedio.

Si no lo hacemos, muy fácilmente caeremos en el peligro de tomar los textos que nos gustan y

olvidar los que nos sacuden. Y, si se trata de un texto comúnmente conocido, como el que se ha señalado para esta mañana, damos por sentado que ya sabemos lo que dice, cuando en realidad estamos oyendo solamente los que nos conviene. Tomamos la parábola del hijo pródigo y nos dedicamos a hablar solamente acerca de este padre amoroso que recibe al pródigo, cuando en realidad Jesús contó esa parábola como un reto a los hijos buenos, a los obedientes, a los que se enorgullecían porque cumplían la ley, a los religiosos como nosotros. Leemos la parábola para regocijarnos de haber sido recibidos como hijos pródigos. Pero dejamos a un lado la posibilidad de que nuestra religiosidad sea tal que nos venga mejor el sombrero del hijo bueno, del hijo que por insistir en su propia virtud se negó a participar de la fiesta que el padre bueno preparaba.

Leemos la parábola del rico y Lázaro, y decimos con toda razón que esa parábola, y muchos otros pasajes, nos llaman a compartir lo que tenemos. Pero dejamos a un lado los últimos versículos de la parábola, donde Abraham se niega a enviar a Lázaro a los hermanos del rico, diciendo que ya tienen a Moisés y los profetas, y que si no les escuchan tampoco le harán caso a quien vuelva dentro de los muertos. Y se nos olvida con cuánta frecuencia nosotros mismos somos desobedientes a pesar de conocer la Palabra de Dios y de declararnos discípulos de quien de hecho ha regresado de entre los muertos.

Algo semejante sucede con el tema y el título de hoy. Cuando primero se me sugirió el título para esta presentación, “Ondres nuevos, vino nuevo”, me pareció que sería fácil hablar sobre el

tema. Después de todo, se trata de un pasaje repetida y constantemente empleado para llamarnos a cambiar según las nuevas circunstancias. Ciertamente tal cambio es necesario, y sobre eso volveremos más adelante. Pero tras estudiar el pasaje con más detenimiento me parece necesario recalcar algunos elementos que fácilmente olvidamos. Eso no es extraño, pues repetidamente la Palabra de Dios nos reta a pensar de nuevos modos, a darle lugar al vino nuevo. Es muy fácil hacernos la idea de que ya sabemos lo que esa Palabra dice, y por tanto no estudiarla con detenimiento. Luego, me parece que nuestro punto de partida debe ser volver al texto mismo, y ver lo que dice.

Empecemos por el contexto. Los discípulos de Juan le han planteado a Jesús una pregunta aparentemente sincera. Le preguntan cómo es que tanto ellos mismos como los fariseos ayunan repetidamente, mientras que los discípulos de Jesús no lo hacen. Jesús les responde que cuando en una boda el esposo está presente es tiempo de fiesta, y no de ayuno; y que el ayuno será apropiado cuando el esposo no esté presente. Entonces, aparentemente sin más, pasa a decirles: “nadie pone remiendo de paño nuevo en vestido viejo, porque tal remiendo tira del vestido y se hace peor la rotura. Ni echan vino nuevo en odres viejos; de otra manera los odres se rompen, el vino se derrama y los odres se pierden; pero echan el vino nuevo en odres nuevos, y lo uno y lo otro se conservan juntamente”.

Jesús emplea dos ejemplos: primero un vestido viejo que necesita remiendo; segundo, vino que es necesario conservar. Vayamos primero al ejemplo del remiendo. Para entender ese ejemplo,

hay que tener en cuenta el alto costo que tenían las telas en aquel tiempo. Tan costosas eran las telas, que lo normal era que una persona no tuviera más que una muda de ropas. Cuando, al final del Evangelio de Mateo, se nos dice que los soldados que crucificaron a Jesús “repartieron entre sí sus vestidos, echando suertes”, no lo hicieron para tener una reliquia de Jesús, sino porque los vestidos de Jesús, por sencillos que fueran, tendrían algún valor.

Ese valor de la tela y por tanto de la ropa quería decir que si un vestido cualquiera se rasgaba no era cuestión de deshacerse de él y comprar otro. Era más bien cuestión de hacerle un remiendo que le permitiera al dueño seguir usando esa ropa. Pero en aquel tiempo no había lo que hoy llamamos ropa sanforizada, es decir, ropa que ya se ha encogido de antemano. La tela se hacía sencillamente tejiendo hilos, normalmente de lana de ovejas. Con esa tela se hacían vestidos, que luego, tras sus primeros usos, se iban encogiendo. Pero si entonces esa vestimenta ya encogida se rompía y era necesario ponerle un remiendo, tal remiendo no podía ser un pedazo de tela nueva, sin encoger, pues cuando ese remiendo nuevo se encogiera la rotura se haría más grande. Luego, aquí Jesús no está diciendo que sea necesario dejar lo viejo para reemplazarlo con lo nuevo. Está diciendo más bien que un remiendo nuevo destruye el vestido viejo. Si uno quiere salvaguardar el vestido viejo, tiene que asegurarse de que la tela que se va a usar de remiendo sea también vieja – que haya pasado ya por el proceso de encogimiento que el vestido todo también ha pasado. Lo viejo no se puede salvar con remiendo nuevo.

El segundo ejemplo de Jesús, el del vino, es el que más se usa. Se usa precisamente para decir

que necesitamos odres nuevos en estos días nuevos. Eso bien puede ser verdad. Pero cabe preguntarnos si eso es lo que Jesús quiere decir al ofrecer tal ejemplo. En primer lugar, debemos recordar que, a diferencia del caso de un vestido, en el caso del vino, el vino viejo no es peor que el nuevo, sino todo lo contrario. El vino nuevo—es decir, el jugo de uvas acabado de exprimir—tendrá que seguir un proceso de fermentación. Ese proceso tiene un poder oculto, y en consecuencia ese vino, en el proceso mismo de fermentación, estirará el odre. Si el odre es viejo, la fuerza misma de la fermentación lo romperá, y el vino se perderá.

En todo esto notamos en primer lugar que Jesús no dice que el vino viejo deba desecharse. Al contrario, el propósito del vino nuevo es volverse vino viejo. Es envejecer junto al odre en que se le colocó. Si el vino nuevo se coloca debidamente en odre nuevo, ambos envejecerán juntos. En ese proceso, con el correr del tiempo, el odre perderá mucha de su flexibilidad, y no podrá usarse otra vez para otro vino nuevo. Pero el vino nuevo terminará siendo también vino añejo.

Todo esto me lleva a pensar que no podemos tomar el pasaje acerca del vino nuevo en odres nuevos sencillamente como una afirmación de que los tiempos nuevos necesitan respuestas nuevas. No tengo duda de que sea verdad que los tiempos nuevos necesitan respuestas nuevas. Lo que pongo en duda es que sea eso lo que Jesús les está diciendo a sus discípulos. Si fuera cuestión de preferir lo nuevo sobre lo viejo, no les daría el ejemplo del remiendo nuevo en paño viejo, que en realidad dice todo lo contrario: para remendar un paño viejo hace falta tener también un remiendo viejo. No les daría tampoco el ejemplo del vino, que por lo general mejora

al envejecer.

Si lo de los odres nuevos fuera, como a menudo pensamos, una sencilla recomendación de adaptarnos a las nuevas circunstancias, lo del remiendo viejo parecería recomendar todo lo contrario.

¿Qué tienen entonces en común los dos ejemplos? Lo que tienen en común es el poder de lo nuevo. El remiendo nuevo rompe el vestido viejo. El vino nuevo rompe el odre viejo. Lo que Jesús está diciendo—y lo que toda la Escritura ratifica, es el poder de lo nuevo. Lo nuevo, aunque parezca un pequeño remiendo, es tan poderoso que rompe el vestido viejo. Lo nuevo, aunque parezca débil como el jugo de uvas, es tan fuerte que rompe el odre que no se adapta a él.

Pero en este pasaje no debemos entender por lo nuevo cualquier cosa de última hora. Lo nuevo no es lo mismo que lo novedoso. Lo nuevo a que Jesús se refería no eran las nuevas tácticas militares que los romanos estaban desarrollando. Esas tácticas eran novedosas e imponentes, y harían un gran impacto en la historia de toda Europa. Pero lo nuevo a que Jesús se refería era más nuevo que esas tácticas bélicas. En tiempos de Lutero, la imprenta era cosa novedosa, y Lutero hizo sabio uso de ella. Pero así y todo lo nuevo que llevó a Lutero a cambiar el mundo no fue sencillamente la imprenta. Hoy hay muchas cosas novedosas. Hoy digo unas pocas palabras e inmediatamente salen escritas en mi computadora. Hoy hay teléfonos bastante más

inteligentes que quienes los empleamos. Hoy hay una inteligencia artificial que nos asombra y nos asusta. Hoy hay enormes cambios demográficos, y serios conflictos intergeneracionales e interculturales. Todo eso es novedoso. Todo eso es importante. Pero nada de eso es lo nuevo a que se refiere Jesús en este pasaje. Todas esas cosas, nuevas en su tiempo, ya son o pronto serán cosas viejas. De las conquistas de Augusto y las políticas de Tiberio casi nadie se ocupa, sino principalmente los historiadores. La imprenta que tanto ayudó a Lutero hoy nos parece un vejestorio inútil, cosa de museo. Lo que es más, toda nuestra economía se mueve a base de convencernos de que necesitamos comprar lo más reciente, lo más novedoso, como si eso lo hiciera más valioso, cuando la verdad es que mientras más novedosa sea una cosa más rápidamente se volverá obsoleta. Este teléfono que cuando lo compré llamaban “inteligente”, hoy se ha vuelto bruto y anticuado. Ese auto nuevo que usted compra hoy, mañana habrá perdido buena parte de su valor.

En una palabra, con mucha frecuencia lo que llamamos “nuevo” es sencillamente novedoso, y muy pronto resultará viejo y anticuado.

Y lo contrario es también cierto. Hay cosas cronológicamente viejas que nunca resultan anticuadas. Cronológicamente, las palabras del profeta Isaías son viejas. Cronológicamente, las películas de Tarzán que tanto me interesaban de niño son muchísimo más nuevas que las palabras de Isaías. Pero hoy las aventuras de Tarzán van quedando olvidadas, y las palabras de Isaías, mucho anteriores a Tarzán, siguen moviendo nuestros corazones y resonando en las

esferas celestiales.

Lo nuevo a que Jesús se refiere no es sencillamente lo novedoso. Lo nuevo a que Jesús se refiere es algo que sigue siendo siempre nuevo. Sigue siendo siempre nuevo porque no es otra cosa sino la Palabra misma de Dios; y sobre todo la Palabra de Dios encarnada, que no es otro que Jesucristo mismo.

Esto sigue siendo siempre nuevo porque es también infinitamente viejo; porque el Verbo encarnado, realidad nueva ante los ojos humanos, pudo decir “antes que Abraham fuera, yo soy”. Y porque todavía hoy puede decir, “antes que Abraham fuera, yo soy”. Sigue siendo siempre nuevo, porque no es otra cosa que el poder del Espíritu, que como un remiendo nuevo rompe todo lo viejo a que nos aferramos, o como vino nuevo rompe los odres viejos que queremos seguir usando.

Ese poder es siempre nuevo, no porque sea de última hora, no porque sea novedoso, sino porque es de más allá de las horas, de más allá de los años, de más allá de los siglos. Porque es eterno. Porque era al principio con Dios. Porque por él todas las cosas fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho fue hecho.

Ese es el poder que no podemos emplear como quien trata de poner remiendo nuevo en tela vieja. Ese es el poder que no podemos retener como vino nuevo en odres viejos. Ese es el poder

cuya eterna novedad repetidamente nos sacude, nos asusta, nos exige, nos destruye, nos renueva. Ese es el poder que en nuestras angustias trae consuelo, que en nuestras perplejidades trae esperanza, que en nuestras dudas trae fe. Ese es el poder que, por ser eternamente viejo, es también eternamente nuevo.

Cuando en nuestro texto los discípulos le preguntan a Jesús acerca del ayuno, el Maestro les dice que cuando el novio está presente en la fiesta de sus bodas no es tiempo para ayunar. Y que habrá también tiempo de ayuno cuando el novio esté ausente, y se ayunará precisamente por el dolor ante su ausencia.

En cierto modo, Jesús les está diciendo a sus discípulos que ahora que él está entre ellos no es cuestión de ayunar. Y les está diciendo también, aunque todavía de manera velada, que el tiempo vendrá cuando él no estará entre ellos; y que entonces será tiempo de ayunar. Les está enseñando a discernir entre los tiempos—entre el tiempo de ayuno y el tiempo de fiesta.

Lo que es de importancia radical es que lo viejo y lo nuevo que se contrastan en estas palabras de Jesús no son sencillamente lo obsoleto por una parte y lo novedoso por otra. El propio Jesús, en el mismo evangelio de Mateo, unos pocos capítulos más adelante, tras contarles a sus discípulos las parábolas del sembrador, del trigo y la cizaña, de la semilla de mostaza, de la de levadura, y varias otras, cuando sus discípulos le dicen que han entendido lo que quería decir con esas parábolas, les contesta diciendo que “todo escribes docto en el reino de los cielos es

semejante a un padre de familia que saca de su tesoro cosas nuevas y cosas viejas”. El buen escriba sabe darle buen uso tanto a lo antiguo como a lo novedoso. No abandona lo antiguo por el que solo hecho de que sea viejo, ni tampoco desecha lo nuevo por ser nuevo. Al contrario, como quien sabe poner un remiendo de tela vieja en paño viejo, o echar vino nuevo en odres nuevos, el buen escriba, el buen intérprete de la Palabra, sabe discernir entre los tiempos; sabe cuándo es necesario lo nuevo y cuándo es necesario lo añejo.

Pero el buen escriba, el buen intérprete de la Palabra de Dios, sabe también que lo verdaderamente nuevo es nuevo, no por ser de última hora, sino por ser eterno. Y lo verdaderamente viejo no es viejo sencillamente por ser ya conocido, sino porque pretende resistir al poder indetenible de lo verdaderamente nuevo, de lo siempre nuevo, que es la Palabra de Dios.

También el apóstol Pablo entiende lo “viejo”, no sencillamente como lo que existía desde antes, sino también como lo que en esa vieja existencia se rebela contra lo verdaderamente nuevo.

Baste citar sus bien conocidas palabras en el capítulo 6 de Romanos: “Si fuimos plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte, así también lo seremos en la de su resurrección, sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado”.

Todo esto nos lleva a dos conclusiones aparentemente contradictorias, pero en realidad

complementarias: En primer lugar, que el poder de esta realidad eternamente nueva que es la Palabra de Dios, que es el evangelio de Jesucristo, que es Jesucristo mismo, no es fácil de compaginar con lo viejo. Con demasiada frecuencia predicamos el evangelio como si fuera cuestión de poner un remiendo nuevo en un vestido viejo. “Todo lo que tienes que hacer es levantar la mano, o venir al frente, y ponerle a tu vieja vida este remiendo nuevo que es el evangelio”. Y ciertamente es verdad que este padre amoroso que es nuestro Dios nos recibe con los brazos abiertos aunque hayamos andado por tierras lejanas. Pero también es cierto que ese mismo padre amoroso nos manda vestirnos de ropa nueva, llevar en el dedo el anillo de su obediencia y calzar las sandalias que él nos da. Si en aquella parábola se hubiera cumplido solamente lo que el hijo pedía, que el padre le recibiera como uno de sus jornaleros, para estar en las afueras de su casa, medio hijo y medio no, eso mismo sería una negación, no solamente del amor del padre, sino también de la reconciliación del hijo. Sería un remiendo nuevo en vestido viejo. Y a la postre la ruptura sería aún más grave.

Ponga usted remiendo nuevo en paño viejo y la rasgadura se volverá cada vez más dolorosa. Diga usted “yo soy cristiano, nacido de nuevo en Jesucristo, pero no quiero saber nada de fulano porque es un chismoso, o porque me hizo algo que no me gustó”, y estará usted sencillamente poniendo remiendo nuevo en tela vieja, y la ropa se rasgará, o echando vino nuevo en odre viejo, y el odre reventará.

Pero no olvidemos el otro polo de esa aparente contradicción a que me refería: Lo viejo no es

necesariamente malo. A través de las edades tanto el pueblo de Israel como la iglesia han insistido en que nuestro Dios no es solamente redentor, sino también creador. La vieja creación de Dios puede haber sido corrompida por el pecado; pero sigue siendo creación de Dios, y por tanto digna de nuestro respeto y admiración. El vino viejo no es malo, sino todo lo contrario. El propósito de echar vino nuevo en un odre nuevo es que el vino nuevo se vuelva buen vino añejo, y que el odre se transforme junto a él.

El remiendo nuevo rompe el vestido viejo. El vino nuevo rompe el odre viejo. Ese es el punto importante: En fin de cuentas, lo nuevo se impondrá—no lo novedoso, sino lo que es parte de la permanentemente nueva y siempre vieja eternidad de Dios. Este teléfono que compré hace unos meses como cosa nueva ya va resultando viejo. Pero la Palabra de Dios permanece para siempre.

Cuando Jesús nos habla de “vino nuevo en odres nuevos”, no está diciendo sencillamente lo ya sabido, que las circunstancias nuevas requieren nuevas soluciones. Eso es cosa de sentido común. No hay por qué negarlo. Pero Jesús no nos está diciendo únicamente lo que cualquier persona con un poco de sentido común sabe. No rebajemos las palabras de Jesús al nivel del sentido común. El sentido común es bueno. Es bueno saber que las nuevas circunstancias requieren nuevas soluciones. Pero entender las palabras de Jesús como una mera reiteración de lo que cualquier persona sensata sabe es otro modo de echar vino nuevo en odres viejos. Usamos las palabras nuevas, revolucionarias, contundentes de Jesús para decir lo que todos

saben. Me atrevo a decir que eso es como tomar el vino nuevo de las palabras de Jesús y echarlas en los odres viejos de nuestro propio sentido común.

Por otra parte, y para terminar, todo esto quiere decir que al enfrentarnos a circunstancias novedosas, al tiempo que buscamos respuestas también novedosas, tenemos que tener siempre en mente lo radicalmente nuevo, que es la acción siempre renovadora de Dios.

Tomemos unos ejemplos. Una de las realidades más comunes en muchas de nuestras congregaciones es lo que algunos han dado en llamar las “guerras de adoración”. Todos las conocemos sobradamente y no es necesario explicar mucho de lo que son. Por una parte, algunos dicen que la música vieja, los himnos antiguos, los órdenes de culto que seguíamos hace medio siglo, ya no sirven. Hace falta música nueva que les diga algo a las nuevas generaciones. Por el lado contrario, algunos se quejan de que la música que empieza a usarse en tiempos más recientes no les conduce a la adoración y la devoción, y que les parece irrespetuosa. Una parte le dice a la otra, “ese culto no me dice nada”. Y la otra responde “ese otro culto no me dice nada”. Y entonces frecuentemente, para complacerlos a todos, acabamos teniendo más de un servicio, según los gustos de cada cual.

Decimos entonces que hemos echado vino nuevo en odres nuevos. Pero en cierto modo lo que hemos hecho es echar el vino nuevo de nuestro verdadero culto a Dios en odres viejos que necesariamente fallarán. El odre viejo no es la música anticuada. El odre nuevo no es la música

más moderna. El odre viejo es más bien la idea de que el culto es para mí, y que si no me dice nada a mí no sirve de mucho. ¡Pero no! El culto es ante todo para Dios, en segundo lugar para **nosotros** –para nosotros como pueblo de Dios, como cuerpo de Cristo, como comunidad de fe– y entonces, en último lugar, para mí como individuo. Si insisto en que el culto es para mí, y que lo importante es lo que me diga a mí, estoy echando el vino nuevo del evangelio de Jesucristo en el odre, quizá novedoso, pero en última instancia viejo, de nuestro individualismo moderno. No nos sorprendamos entonces si el odre se rompe en las resultantes guerras de adoración.

Lo que realmente necesitamos no es echar el vino supuestamente nuevo de la música novedosa en los odres nuevos de la juventud. Ni es tampoco forzar a los más jóvenes a seguir nuestras antiguas tradiciones, como quien quiere echar vino nuevo en odres viejos. Lo que necesitamos es que el vino nuevo de la Palabra rompa todos los odres viejos de nuestras predilecciones personales, que el remiendo nuevo de la Palabra rompa todos los viejos vestidos de nuestra propia confección.

En este caso específico de las llamadas guerras de oración me atrevo a decir que un poco de vino añejo nos vendría bien como medio para ir más allá de esos conflictos inútiles. En el pasaje que estamos estudiando Jesús explica el que sus discípulos no ayunen diciendo que cuando el novio está en las bodas no es tiempo de ayunar, y que el ayuno se debe reservar para cuando el esposo ya no esté. La iglesia antigua expresaba estos dos tiempos –el tiempo de duelo y el tiempo de celebración– en el ciclo semanal de su culto. El primer día de la semana, día de la

Resurrección del Señor, no era tiempo de ayuno, sino de fiesta. Era tiempo en que se celebraba la presencia del esposo. Era el día gozoso en que se compartían el pan y el vino en un anticipo de la fiesta de bodas del Cordero. En contraste, el viernes, día de la crucifixión y de la aparente victoria del mal, era día de arrepentimiento, de confesión y corrección. El viernes era entonces día de ayuno. El viernes era día para acercarse a Dios de rodillas o arrastrándose sobre el polvo, como un misérrimo peticionario ante un poderoso rey. Pero el domingo es el día de nuestra adopción como hijos del rey. Ese día es para acercarnos a Dios no como peticionarios sino como herederos. En ese contraste semanal, como buenos escribas doctos en el reino de Dios, afirmamos que hay tiempos para sacar las cosas viejas de nuestro pecado y nuestra culpa, y tiempo para sacar las cosas nuevas de la victoria de Jesucristo, y por tanto también de la nuestra. Como diría Jesús, “¿Podéis acaso hacer que los que están de bodas ayunen entre tanto que el esposo está con ellos? Pero vendrán días cuando el esposo les será quitado. Entonces, en aquellos días, ayunarán”.

AETH

Trasladando esto a nuestras guerras de culto, sugiero que significa que nos equivocamos cuando en nuestro culto no hay sino alegría, gozo y victoria; y que nos equivocamos igualmente cuando no hay en él sino confesión de pecado y dolor. Hay tiempo para ayunar, y tiempo para festejar. Hay tiempo de crucifixión, y hay tiempo de resurrección. Hay tiempo de victoria, y hay tiempo de dolor. Y todos esos tiempos son tiempos de Dios. Hacerlo todo con gozo y en pura victoria es querer llegar a la resurrección sin pasar por la crucifixión. Hacerlo todo con ayuno, reglas y restricciones es quedarnos en la crucifixión, y no experimentar el gozo de la

resurrección. Escoger entre lo uno y lo otro según mi gusto es imaginarme que el culto es para mí, para mi edificación, y no para **nosotros** y para **nuestra** edificación como cuerpo de Cristo.

Repito: el vino nuevo que rompe los odres viejos no es lo novedoso, sino lo verdaderamente nuevo, lo que –por extraño que parezca decirlo– es radical y permanentemente nuevo, no porque sea de última hora, sino porque es eterno.

Los odres viejos en que pretendemos echar ese vino son muchos. Odres viejos son todas las componendas que hacemos para ajustar la Palabra soberana de Dios a nuestros propios gustos y deseos. Odre viejo es mi tendencia a darme crédito a mí mismo por lo que el Señor ha hecho en mí. Odre viejo es cualquier antigua tradición que pretendamos sobreponer a la Palabra de Dios. Odre viejo es cualquier innovación con la que pretendamos darle más poder a la Palabra de Dios –como si ese poder dependiera de nosotros. Odre viejo es ese nacionalismo cristiano que florece en todas partes del mundo, y que hace ídolos de los países y de sus gobernantes. Odre viejo es esa predicación, tan común en nuestros días, que invita a las gentes a venir a la iglesia para que Dios les dé lo que deseen –y no para que Dios cambie sus deseos.

Mis hermanos, mis hermanas, ¡es tan fácil confundir lo nuevo con lo novedoso, y lo permanente con lo anticuado! ¡Es tan fácil echar vino nuevo en odres viejos!

Pero por fácil que sea, tal no es la última palabra. La última palabra no la tienen nuestros odres.

La última palabra es que, ya sea dentro de nuestros odres, ya sea dándoles forma, o ya sea rompiéndolos y derramándose, lo nuevo, lo eternamente nuevo, se impondrá.

En fin de cuentas, la última palabra no la tiene el vestido viejo que tratamos de remendar, ni el odre viejo a que nos aferramos.

La última palabra la tiene lo nuevo, lo eternamente nuevo. Si estamos dispuestos a ser nuevos odres, el nuevo vino obrará en nosotros, y en nuestro interior vendrá a ser como vino añejo. Si nos aferramos a nuestros viejos odres, el vino nuevo, la Palabra misma de Dios, no se contentará con nuestra desobediente rigidez, sino que romperá nuestros odres y se derramará; y, sea con nuestra ayuda o sin ella, se esparcirá sobre toda la creación. Ya sea formando odres nuevos o rompiendo odres viejos y derramándose sobre toda la creación, ¡la Palabra de Dios no volverá a él vacía, sino que cumplirá aquello para lo cual fue enviada!

¡Así sea!